

Antonio Elizalde

*Un lúcido pensador de las nuevas utopías
en la sociedad latinoamericana*

Joaquín García Roca. Universidad de Valencia.

“Pero pese a todo, ‘aún tenemos sueños’, aún ronda por allí la impertinente e inoportuna utopía, la libertad, la fraternidad, la solidaridad, que emergen como esas semillas que logran germinar en moles de cemento pese a tener todo en contra”, así se expresaba recientemente Antonio ELIZALDE, en *Polis*, esa espléndida revista que dirige desde su fundación.

Rector emérito de la Universidad Bolivariana de Chile ha sabido orientar la misión universitaria al servicio del interés común. Afrontó el desafío de abrir la Universidad a los barrios populares y colaboró en la declaración de Joinville (2005) que ha tenido un papel decisivo en la recreación del papel de las Universidades en la sociedad actual.

Participó en la construcción de la vía chilena al socialismo a través de la reforma agraria en el Gobierno de Allende. Marginado de la vida académica en tiempos de la dictadura militar, nunca abandonó su compromiso con la emancipación cultural y la transformación social. Integrante del Directorio del programa Chile sustentable, ha sido coordinador del Programa de liderazgo para el desarrollo sostenible en Mercosur.

Como consultor del PNUD, UNICEF, CEPAL en temas de desarrollo social, pobreza y medio ambiente, y como profesor invitado en Universidades de España, Colombia, Bolivia, Argentina, Brasil y Venezuela es un testigo privilegiado de las profundas transformaciones que vive América Latina,

Autor del libro *Desarrollo humana y ética para la sustentabilidad*, coautor de *Desarrollo a escala humana*, *Sociedad civil y cultura democrática*, *El poder de la fragilidad*, *Pobreza y medio ambiente en América Latina...* despliega su actividad científica en torno a la cuestión de los límites, a la sociedad civil, a la sustentabilidad eco-ambiental, cultural, política, económica y social. Su propuesta de desarrollo a escala humana ha orientado muchos itinerarios en ámbitos tan diversos como la educación, la psicología, el trabajo social, los movimientos sociales... En España sirvió de herramienta para la reciente refundación del modelo de intervención en Caritas.

Con la aportación esencial de Mary, padre de cinco hijos y rodeado de nietos se ha convertido en un lúcido pensador de las nuevas utopías de la diversidad y en vigía actual de los gérmenes de esperanza en orden a la construcción de un mundo sin exclusiones y de una nueva sociedad latinoamericana.

¿Cómo interpretas tu trayectoria personal e intelectual? ¿Qué mueve tu compromiso intelectual y tu acción transformadora?

Mirando mi vida en perspectiva ahora que estoy cumpliendo 67 años de vida, diría que lo que ha caracterizado mi existencia ha sido una gran sensibilidad frente a la injusticia, frente al sufrimiento humano evitable, frente a las relaciones asimétricas, frente a la explotación, la dominación, el abuso. Tempranamente, al inicio de mi adolescencia creí que mi vocación era el sacerdocio, pero después descubrí que la mía era más bien una vocación social, de un fuerte y marcado compromiso social y político.

Tuve la suerte de encontrar una compañera, la mujer a la cual desposé, la madre de mis hijos y quien ha sido la que me ha mantenido ligado a tierra; ha cumplido el papel de Sancho, ya que yo tengo una tendencia natural a soñar e imaginar más allá de lo deseable o conveniente, lo cual no es malo siempre y cuando uno no se desconecte de la realidad.

Durante mi adolescencia en un seminario pude leer las obras de Teilhard de Chardin y así conocer su pensamiento. Me deslumbró su noción de la noosfera, la cual entendí como la materialización del cuerpo místico. Ésa creo que ha sido la idea rectora de todas mis búsquedas y de mi evolución intelectual y personal: ¿Cómo hacer realidad un mundo en el cual nos reconozcamos como hijos de un mismo padre y madre y donde actuemos en consonancia con esa creencia o convicción?

Pero también he sido un enamorado de la diversidad, de la riqueza y sin-

gularidad que tiene cada cosa, cada ser, cada fenómeno observable. Me asombra y me maravilla la naturaleza, la considero en sí misma el mayor de los milagros posibles, este universo imposible de existir pero existente del cual formamos parte, nuestra madre tierra o Pachamama con sus maravillosos equilibrios y armonía, y también con sus arrebatos y furia en ciertos momentos. Creo haber nacido en un siglo equivocado, posiblemente debí haber nacido en la época de los grandes naturalistas; me emociona cada forma viva que descubro, cada idea nueva, cada sensación o experiencia que puedo vivir. Soy un enamorado de la vida, amo la vida y pensando en la pregunta que alguien me hizo días atrás respecto a si creía en la vida eterna, creo que la vida ya vivida se justifica más que suficientemente en sí misma y con creces.

Creo muy profundamente en la bondad intrínseca y propia de la naturaleza humana; pienso que todos estamos llamados a amar y ser amados, somos seres esencialmente amorosos. Pienso, asimismo, que las estructuras que hemos ido construyendo en nuestra historia (sociales, económicas, políticas) nos han ido alejando de nuestra vocación fundamental, de nuestro destino como ápice del proyecto evolutivo: llegar a convertirnos en seres amorosos, amantes, amables, transitar hacia el *homo amans*.

Vives rodeado de hijos y nietos que te conectan diariamente a la vida, ¿qué te aportan? ¿Cómo percibes las actuales transformaciones de la familia?

Al vivir como lo hago en una especie de asincronía cultural, ya que mi forma de vida mantiene deliberadamente ciertos rasgos de familia extensa: vivienda multifamiliar y vecindad inmediata, cenas y meriendas colectivas, fiestas y celebraciones compartidas, ayuda e involucramiento inmediato en situaciones de crisis, etcétera. Vivo cercano no sólo a hijos e hijas sino que incluso a nietos y nietas, y he podido así recibir muchos beneficios o regalos, mantenerme actualizado y co-evolucionar con el aporte de novedad que hacen las nuevas generaciones. Ello hace posible una permanente actualización y puesta al día de mis ideas, percepciones y miradas sobre el mundo.

Veo que la familia actual enfrenta una profunda crisis que tiene su origen en la incongruencia existente entre la idealización que de ella se hace en el discurso educativo, religioso y jurídico, apelando al respeto y entrega mutua, al compromiso, a la fidelidad, entre tantos otros valores predicados, por una parte; y por la otra el creciente individualismo instalado en el imaginario colectivo, el consumismo exacerbado, el desinterés por lo público, por lo común, por lo compartido con otros.

Hay profundos aprendizajes que no habría podido realizar sino gracias a esta relación tan cercana y próxima con nuestra descendencia que hemos buscado deliberadamente construir junto a mi esposa.

Participaste en lo que se llamó la vía chilena al socialismo, que despertó grandes expectativas en todo el mundo. ¿Cuáles fueron sus dificultades internas y externas? ¿Qué deberíamos aprender de aquella experiencia en orden a una nueva estrategia socialista de desarrollo?

Yo, al igual que muchos otros chilenos, fui protagonista de la experiencia de lo que se llamó la vía chilena al socialismo. Mi experiencia fue no sólo la de un ciudadano que vivió esos procesos, sino además como dirigente político en un partido de la coalición que impulsaba esas transformaciones e incluso como uno de los responsables de la aplicación de una de las políticas gubernamentales, que más directamente apuntaba hacia otra sociedad: la reforma agraria.

Los aprendizajes fundamentales necesarios a tener en cuenta, son, en primer lugar, la necesaria consideración del límite a las diferencias. No se puede polarizar tanto una sociedad sin que ello se traduzca inevitablemente en quiebra institucional. La democracia nos exige una cierta prudencia y una mínima moderación en el discurso y en las prácticas. Esto es algo que es válido incluso en el plano de la vida personal; hay cosas que nunca se pueden decir a otro sin producir a ese otro un agravio irreparable. O lo que es lo mismo, no es posible vivir amenazando a otro sin que en algún momento ese otro termine por tomar dicha amenaza en serio.

En segundo lugar, no es posible desarrollar transformaciones revolucionarias en una sociedad sin una correlación de fuerzas mayoritarias a favor de dichos cambios. El error de Allende y la Unidad Popular fue tratar de hacer una revolución pacífica sin contar con la mayoría del pueblo.

Finalmente, hay contextos internacionales que hacen posible los cambios y transformaciones, otros obviamente no, y así ocurrió durante el período de la Guerra Fría. No era posible en los años setenta acometer simultáneamente cambios que afectaban a los intereses de las burguesías chilenas, de los latifundistas, de los grandes empresarios industriales y financieros, y a la vez los intereses norteamericanos. Más aún, pienso que el propio Allende fue incapaz de canalizar y conducir la juventud progresista de la época, enfebrecida por las consignas revolucionarias, la imagen del Che y la revolución cubana. Y enormemente carente de la prudencia política necesaria y de la capacidad de reconocimiento de las fortalezas y debilidades propias. Su error fue fundamentalmente el

no poner límites claros a las propias demandas sociales y políticas que él recogía y expresaba. Nuestro principal error como generación fue el discurso maximalista y el confundir nuestros sueños con realidades posibles, cuando nuestro propio maximalismo discursivo nos restó los apoyos políticos y sociales que el proceso requería.

Eres un testigo de excepción de los cambios en América Latina, a través de tu participación continua en todos los foros especialmente preocupados por la economía solidaria, por el desarrollo sostenible, por cuestiones medioambientales... ¿Qué amanece en Latinoamérica? ¿Cómo vives el actual momento latinoamericano? ¿Cuáles son las principales tendencias?

América Latina vive un momento excepcional en su historia relativamente corta como sociedad. Por primera vez en nuestra historia la mayoría de los estados latinoamericanos están gobernados por personas de pensamiento progresista encabezando coaliciones políticas con esa sensibilidad. Hay una gama muy amplia que va desde alguien como Lula o Bachelet hasta Chávez u Ortega, pasando por Tabaré Vázquez, Rafael Correa, Evo Morales.

Hay asimismo un contexto internacional favorable o al menos neutral frente a muchos de los cambios que esos gobiernos buscan llevar a cabo. Lamentablemente es escaso el margen de maniobra que se tiene dado el contexto de globalización neoliberal que hoy hegemoniza el escenario internacional. Más aún en el contexto de la actual crisis financiera. Inevitablemente en algún momento esos gobiernos terminan o terminarán como resultado de las políticas que pretenden llevar a cabo con los intereses de las multinacionales que operan en dichos países. Posiblemente veremos en ese momento cómo en los medios de comunicación de masas y en la prensa internacional se les comienza a demonizar.

Sin embargo, hay notables diferencias en los proyectos políticos impulsados por esos gobiernos. Desde una propuesta socialdemócrata casi químicamente pura como son los gobiernos de Lula, Bachelet, Vázquez y Torrijos hasta proyectos autodenominados bolivarianos como el de Chávez, pasando por gobiernos de fuerte reivindicación étnica como el de Morales y en menor grado Correa.

Una tendencia reciente ha sido la búsqueda por muchos gobiernos del continente mediante sucesivas propuestas legislativas, plebiscitarias y consultas populares, de una ampliación de la duración de los períodos presidenciales, cuestión que entra en colisión con lo que ha sido la tradi-

ción republicana en nuestros países. Parece ser que el modelo cubano ha penetrado fuertemente en el imaginario de nuestros líderes. Ello ha ocurrido en gobiernos de muy variadas orientaciones. Lo hizo Cardoso en Brasil y posteriormente Chávez en Venezuela, Uribe en Colombia, Morales en Bolivia, Correa en Ecuador, indirectamente los Kirchner en Argentina.

Parece que las dictaduras militares con su alto nivel de autoritarismo y de arbitrariedad y casi absoluta ausencia de regulación societal terminaron influyendo estructuralmente en nuestras culturas políticas, reforzando algo que se había presentado históricamente en forma excepcional, un estilo muy caudillista de gobierno.

Sostienen los especialistas que en general nuestras democracias latinoamericanas son excesivamente presidencialistas a diferencia de las europeas. Lo preocupante, por otra parte, es el bajo nivel de adhesión a la democracia que muestran las encuestas del Latinbarómetro en forma generalizada en toda América Latina. Más aún el creciente desinterés de la población joven por participar en los procesos electorales. Nuestros padrones o registros electorales se han envejecido en forma notable por la ausencia de inscripción en ellos de la población joven.

La enorme tarea pendiente en nuestro continente es cómo volver a encantar a esa gente joven con lo común, con lo público, con lo colectivo. Como he señalado en un artículo reciente, el capitalismo ha tenido éxito en instalar en el imaginario de la humanidad la utopía de la abundancia infinita. La tarea necesaria a realizar para poder viabilizar políticamente cualquier alternativa es dar cuenta del cómo desinstalar esa utopía. Tarea que indudablemente si no es fácil de lograr aunque todo el mundo estuviese de acuerdo, más difícil será aún lograrlo cuando hay importantes fuerzas y actores sociales que luchan denodadamente para que dicha utopía permanezca incólume.

Hay obviamente hoy, como derivación de lo antes dicho una pérdida de la capacidad de construir sueños colectivos, de avanzar en proyectos de liberación. Pienso que la principal tarea de los intelectuales es proveer de esperanzas a las generaciones jóvenes de que es posible cambiar el mundo que hemos construido.

Vivimos en un tiempo de transformación en el cual se evoluciona o se cae en la decadencia, y más aún posiblemente en lo peor de nuestra condición humana, en el individualismo exacerbado, la ceguera absoluta y la falta de lucidez colectiva. Vivimos en tiempos en los cuales casi se ha logrado destruir todas las comunalidades, lo público, lo estatal; tiempos de mercantilización y privatización de todo incluso de los espíritus, de apropiación y expropiación del imaginario social, de la conciencia colec-

tiva, de la subjetividad, de individualización extrema casi al borde de lo patológico. Pero pese a todo, "aún tenemos sueños", aún ronda por allí la impertinente e inoportuna utopía, la libertad, la fraternidad, la solidaridad, que emergen como esas semillas que logran germinar en moles de cemento pese a tener todo en contra.

Podemos pensar, debemos pensar, porque en última instancia, el pensar es ejercer nuestra condición de seres libres, es un acto de honor, de expresión de nuestra dignidad, como seres que se hacen a sí mismos. Debemos rescatar la tesis de Feuerbach: la realidad sociohistórica se construye. No hay leyes históricas, la historia la construimos los seres humanos o ella no se construye. De allí la importancia de una apertura de construcciones hacia lo nuevo, hacia lo inédito, la necesidad de transitar hacia una nueva ética, y --porqué no decirlo-- hacia un nuevo imaginario social, y con esto hacia una nueva moralidad, hacia una nueva forma de pensarnos y de relacionarnos.

Tus principales energías las has dedicado a pensar y construir la Universidad, a quien has servido como Rector. ¿Por qué te decidiste por la Universidad? ¿Cuál piensas que debe ser la misión de la Universidad?

Pensé en la universidad porque mi vocación profunda ha sido toda mi vida la academia, de la cual lamentablemente estuve marginado durante casi dos décadas debido a la dictadura militar que hubo en mi país.

Se dio la posibilidad a comienzos de los noventa, recién recuperada la democracia en Chile, de participar en un proyecto que acababa de crearse de una universidad privada, en el cual me involucré y al cual convoqué a participar a otras personas, que al igual que yo habíamos participado muy activamente en la organización de la sociedad civil y en la lucha por la recuperación democrática. Me pareció en ese momento una excelente oportunidad para seguir haciendo allí lo que habíamos estado haciendo durante más de una década en las "Ongs" denominadas elegantemente como "centros privados de investigación y desarrollo".

Pensé que la enorme energía que debíamos desplegar para obtener los escasos recursos con los cuales llevábamos a cabo los proyectos y programas que como instituciones impulsábamos, podríamos obtenerlos mediante la venta de servicios educativos, en una sociedad que como la chilena había mercantilizado absolutamente toda su educación superior. Para quienes no lo sepan, en Chile las colegiaturas (aranceles y matrículas) en las universidades públicas se pagan a precios de mercado al igual que en las privadas.

Intentamos construir una universidad privada de interés público que

buscó trabajar con los sectores más pobres que accedían al sistema, para con los aranceles más bajos proveerles de una educación de la mejor calidad posible. Nos trasladamos para ello a un barrio empobrecido y deteriorado en el centro de la ciudad, donde intentamos desarrollar un proyecto muy vinculado a la vida barrial.

Aprendimos allí insertos en la propia vida ciudadana y muy conectados con el país real, lo difícil que es hacer universidad cuando se pretende priorizar cuestiones distintas de las que vende el sistema.

¿Qué cambios deben acometer las actuales universidades?

Traigo aquí a colación la Declaración de Joinville en 2005 de la cual fui uno de sus redactores. "Soñamos una universidad comprometida con su enraizamiento local y regional para revalorizar los intercambios nacionales, universales, multi-inter y transculturales, una universidad plural, multi-inter y transcéntrica, apoyada en una nueva pedagogía autoevaluativa e interactiva de sus prácticas, capaz de contribuir sustantivamente en la construcción de una nueva aproximación civilizatoria: inter, multi y transcultural. Requerimos una universidad que busque nuevas asociaciones con lo local, lo regional, lo nacional y lo transnacional para viabilizar y sustentar esa nueva epistemología académica que incorpore en su identidad institucional los principios de la revalorización y democratización de los saberes sobre la naturaleza y la cultura de cada grupo social, pueblo, nación, revitalizándolos y devolviéndolos a sus especificidades".

La universidad hoy está muy distante de estos sueños. No está para nada cercana a los movimientos sociales; por el contrario todo el discurso dominante de la proyección social hace referencia a la vinculación universidad-empresa, no al concepto de universidad extendida que dice relación con una universidad que se concibe a sí misma al servicio de su pueblo.

¿Cómo piensas la proyección social de la Universidad?

Aún así pienso que es posible soñar con una Universidad transformada en patrimonio popular, donde se lleve a cabo la producción colectiva de saberes, donde se confronten, concurren y se fertilicen diferentes conocimientos, diferentes aproximaciones a la verdad, diferentes propuestas discursivas, diferentes experiencias vitales, diferentes realidades, donde se practique el educar-investigando y el investigar-educando.

Creo necesario pensar una universidad que sea a la vez semilla y semillero, una "universidad auto-poiética", donde se conserve el germoplasma

cultural de la humanidad, pero donde a la vez se produzcan nuevos tipos genético-culturales. Universidad tal vez con pocos profesores, que quieren producir conocimiento partiendo desde el comienzo, que desconfían del conocimiento existente, ya que si el conocimiento es crítico debe partir siendo crítico del propio conocimiento, donde se practique la interdisciplinariedad y se apunte hacia la transdisciplinariedad.

Esa universidad debería ser un lugar al que los alumnos vengan a trabajar con los profesores, no a clases, ni a la copia y a la repetición, sino a producir conocimiento; donde la práctica no viene después, se aprende haciendo, desde un comienzo, trabajando en casos, en pequeñas investigaciones, aprendiendo así a investigar investigando. Ello debería expresarse en la producción de uno o varios textos, pequeñas tesis, aprendiendo así a escribir, a comunicar las ideas para hacer posible la crítica y el enriquecimiento de ellas.

Una universidad como la descrita, no puede ser un jardín de invierno ni un cultivo de laboratorio, debe ser un espacio abierto al mundo exterior e inserto en el mundo real. Cuyos temas sean los temas de la gente, los temas de relevancia para las mayorías, los temas vinculados a sus necesidades, los temas sentidos, vividos e intuidos por la diversidad humana. Interesada en problemas tales como: la calidad de vida, la pobreza y la exclusión, el medio ambiente y su preservación para las generaciones futuras, los derechos humanos, la equidad, la justicia y la paz, las emociones y la vida. Universidad a la cual nada de lo humano le es extraño.

Avanzar en la dirección que marcan los vectores indicados demanda mucha imaginación y audacia. No es una tarea fácil, más bien requerirá de constantes pequeños esfuerzos, arduos y cotidianos. A diferencia de momentos anteriores en la historia de la universidad en Latinoamérica, no habrá momentos donde jugarse el todo o nada, no existirán oportunidades para realizar gestos que queden inmortalizados en el imaginario colectivo propio del mundo universitario. Todo lo contrario, sólo tendrán cabida proyectos e iniciativas casi anónimas, muchas de ellas inmersas en las rutinas de lo cotidiano, la mayor parte de ellas de carácter colectivo, con tareas compartidas democráticamente, con un protagonismo de todos quienes decidan hacer universidad extendida. Existirá así la posibilidad de compartir el heroísmo de todos aquellos innumerables actores invisibles de la historia humana, los humildes de la tierra, aquellos que no están en los monumentos porque han sido quienes los han hecho.

¿Está la Iglesia en condiciones de participar activamente en el actual momento socio-cultural? ¿Qué echas en falta? ¿Cuáles son los principales desafíos en este ámbito?

Pienso que la Iglesia ha ido perdiendo la sintonía y empatía que llegó a tener en los años sesenta y setenta con Juan XXIII y el Concilio Vaticano II con el imaginario colectivo de la humanidad. Una iglesia que tuvo la valentía de reconocer algunos de sus errores históricos y de pedir perdón por ello. Hoy por el contrario la veo y la siento muy soberbia. No la veo comprometida en búsquedas, la siento muy autosuficiente, sin asumir compromisos con los excluidos, los desempoderados, los sufrientes, los pobres. Una iglesia con ausencia de profetas y exceso de pastores, carente de cercanía con las debilidades de la humanidad. La iglesia asumió en ese momento histórico un rol profético que fue perdiendo en las décadas posteriores. Mirándolo en perspectiva creo que la gran ausencia que experimentamos en la cultura actual es la mirada de largo aliento, de largo plazo. En sociedades que se fueron secularizando hubo instituciones que llegaron a cumplir el rol que históricamente habían cumplido las religiones. En concreto, las ideologías y los partidos políticos que cumplieron el rol de proveer la mirada sobre una temporalidad más allá de la coyuntura. Hoy, sin embargo, el ámbito de la política no transita más allá de las visiones cortoplacistas al igual que el mercado. No hay en la actualidad un actor institucional que provea visiones más allá de lo simplemente coyuntural y la iglesia o las iglesias podrían asumir ese rol. En ese contexto hay que cuidarse del riesgo de caer en una dinámica de de-secularización y retornar a un rol ya superado en nuestras sociedades, eventualmente un camino similar al fundamentalismo que hoy se aprecia en algunos países islámicos.

Creo que la principal dificultad que hoy aprecio en la iglesia dice relación con un cierto olvido del camino del ecumenismo; no aprecio una adecuada sintonía entre una cierta tendencia integrista que hoy domina en las jerarquías eclesiales y los requerimientos de un mundo que transita por la interculturalidad, y más aún por la creciente diversidad de visiones de mundo coexistentes. No hay una forma única de ser humano, Occidente ha intentado hacernos creer eso. Lamentablemente el discurso oficial de la iglesia parece ser ése. Diciéndolo como hablan hoy los jóvenes en mi país, diría que la iglesia que veo es una iglesia chata, que no entusiasma a nadie.

¿Qué ha significado la religión en tu vida? ¿Y cuál podría ser el papel a desempeñar hoy la religión en la sociedad para contribuir a la emancipación de los pueblos y qué funciones pueden obstaculizarlos?

Durante parte importante de mi vida la religión fue absolutamente central en ella. Creo que debo a ella mi visión de mundo, mis valores; la

mayor parte de lo que he tratado de ser en mi vida responde al modelo de Cristo.

Siempre he pensado que he tenido la fe del carbonero, nunca me hice preguntas respecto a ella, la asumí como parte de mi identidad y he tratado toda mi vida de ser coherente con esa identidad legada y asumida como propia. Posiblemente de nacer en otro contexto cultural, habría sido un buen budista o un buen judío o islamita.

Pienso que es mi fe en Cristo la que me hizo comprometer mi vida en una permanente lucha por la justicia, por la igualdad y fraternidad entre los seres humanos, por la libertad de todos y todas. No veo posible otra forma de vivir cristiano que no sea en la caridad, en el amor y aceptación incondicional de todos los seres vivientes.

Me molesta y duele la enorme distancia que hay entre lo que nos enseñó Jesús y lo que son nuestras formas de vida actuales, y más aún nuestras formas de vivir la fe cristiana. Me escandalizan las prácticas y el discurso de la iglesia en ciertos momentos frente a ciertas situaciones. Las encuentro muy poco cristianas. Incluso hay actuaciones y criterios que me parecen profundamente antievangélicas. Para mí el sermón de la montaña ha sido mi norte y en especial aquellas palabras del Maestro: "mirad los lirios del campo...".

¿Cómo ves la evolución actual de la Iglesia? ¿Es viable un cristianismo liberador en la Latinoamérica actual? ¿Qué retos debería asumir para cumplir con tal misión?

Durante las décadas recientes, en especial durante los ochenta y los noventa, la iglesia latinoamericana vivió una razzia de todo lo que oliera a progresismo. Eso se dio en el plano de la selección de nuevos obispos, en el silenciamiento de las voces proféticas de muchos teólogos, en la reiterada condena a la Teología de la Liberación. Incluso aquellos consagrados y laicos comprometidos en las luchas populares fueron marginalizados y consecuentemente estos al encontrarse sin nexos, sin relaciones de acogida y aceptación, fueron incluso alejándose de la iglesia jerárquica. Existe en muchos lugares de Latinoamérica una iglesia casi paralela autodenominada de los pobres o de comunidades cristianas populares. Ese distanciamiento prueba lo que estoy afirmando.

Para mí no es algo sorprendente que exista mayor interés en reincorporar a los lefebvristas que a los teólogos de la liberación, aunque estos últimos no hayan ordenando nunca obispos. Responde hacia donde están orientados nuestros afectos, en este caso los afectos de la jerarquía actual.

Tuve el regalo de conocer y trabajar muy cercano a personalidades señeras de la iglesia latinoamericana: Manuel Larraín Errázuriz, Carlos González Cruchaga, Enrique Alvear. Ninguno de ellos habría llegado a ser obispo con los actuales criterios de selección. Todos ellos siendo personalidades con clara vocación política, sin embargo se tomaron muy en serio las orientaciones del Concilio Vaticano II e hicieron lo posible para empobrecer a la iglesia, por dejar de lado el poder material y enriquecerla espiritualmente, por acercarla a su misión, por testimoniar el mensaje evangélico en su quehacer cotidiano.

Como ya lo he señalado antes, sueño con una iglesia desempoderada, una iglesia descalza, una iglesia comprometida en las luchas de los pobres, una iglesia menos institucional, menos cercana al poder y al dinero, a los Epulones y Herodes y más comprometida con la vida, con los preferidos de Jesús, con los excluidos y pisoteados, con los condenados de Fanon, con el hombre sencillo de Neruda, con los humildes de la tierra.

El desarrollo a escala humana ha sido un aporte decisivo en la conceptualización de las necesidades humanas y de los satisfactores. Te has caracterizado por construir un modelo de desarrollo humano que ha sido utilizado en todo el mundo. ¿En qué medida la crisis global ha actualizado su vigencia?

Algo sorprendente para mí ha sido y es la amplia recepción de ideas que tienen ya más de dos décadas, en los diferentes lugares que recorro dando cursos o conferencias. Yo mismo he ido redescubriendo el enorme potencial de esas ideas para poder entender más adecuadamente la actual crisis global. Yo he resumido en varios trabajos la idea de una propuesta de organización social, a la cual he denominado ecosocialista, y que creo la única compatible con los requerimientos de la sostenibilidad planetaria. Sería un tipo de sociedad que considera que la riqueza de una sociedad no está en la existencia de más y más bienes sino en la disponibilidad de más y mejores satisfactores. Abusando de una imagen podemos, al igual que hoy en España, llenarnos de hogares de acogida donde se recoja a los ancianos, pero si nadie los visita y convive con ellos, si la comunidad circundante no los integra y los considera en su vida cotidiana no habremos hecho sino crear nuevos guetos de exclusión y no estaremos construyendo una sociedad más incluyente.

Creo muy profundamente que la humanidad enfrenta tiempos cruciales que serán aún más desafiantes en los años por venir. En ellos estará en juego la propia supervivencia de nuestra especie, pero además se nos

está abriendo la posibilidad de un gigantesco cambio civilizatorio e incluso si me lo permiten, de un salto evolutivo de nuestra especie. Esos son los enormes desafíos que enfrentamos.

Frente a ello me agobia la ausencia de imaginación y de creatividad que caracteriza a las instituciones existentes, entre ellas, la propia iglesia.

Como director de la revista Polis, que ha ganado un merecido prestigio internacional, ¿tienes un observatorio privilegiado sobre los signos del tiempo?

En esa perspectiva es como se entiende el esfuerzo que estamos intentado realizar en *Polis*. Creemos haber abierto un espacio para la presentación acorde a todas las exigencias propias del mundo académico, patrocinios editoriales, referato ciego, arbitraje de pares, indización, medición de productividad científica, esto es haciendo uso de todas las prácticas propias de la comunidad científica, pero buscando renovar las ideas, los temas, las preguntas. Debemos cuidar permanentemente, eso sí, no avanzar tan de prisa como para desconectarnos de los tópicos que recorren los imaginarios compartidos por nuestros lectores, principalmente académicos e intelectuales de los países castellano-parlantes. Pienso que es imprescindible para cualquier comunicador y en especial para cualquier educador el poder llegar a conectar los discursos que construyo o presenta con los mundos interiores de aquellos que los leen o escuchan. En función de lo antes dicho hemos ido esforzándonos en poner sobre el tapete temas que nos parecen cruciales en el mundo de hoy. Los últimos tratados han sido la violencia, lo local, la ciudad, la energía, el desarrollo humano y la justicia.

Los aportes recibidos nos proveen de una visión privilegiada en términos de riqueza de los antecedentes provistos y de profundidad de los análisis e interpretaciones.

Trabajas sobre las sostenibilidades, que desarrollarás en tu próximo libro: ¿qué cuestiones te preocupan? ¿Qué desafíos existen en este campo?

La idea central que llevo reflexionando muchos años dice relación con la potencia contenida en la noción de sostenibilidad o sustentabilidad. Sólo muy recientemente la humanidad ha comenzado a tomar conciencia de los límites biofísicos que pone al operar humano, es decir a la expansión de nuestros sistemas de vida (y muerte) las fronteras del planeta Tierra, nuestro hogar. Nuestro único hogar posible por lo menos durante varias futuras generaciones. Hasta ahora una de las ideas centrales de la

modernidad fue la del progreso, entendido como crecimiento y expansión sin límite en todas las direcciones y dimensiones posibles. La idea central o meollo de todo aquello fue la noción de desarrollo, entendido como el despliegue del potencial contenido en cada ente o ser vivo, su carga genética posible de desplegar o desarrollar. La noción de límite nos lleva a los contornos o fronteras entre la identidad y la no identidad de ese ente o fenómeno. Es allí donde se lleva a cabo el despliegue autopoietico de la vida, esa vida que se hace o construye a sí misma en la concepción de Maturana y Varela, pero ampliando esa noción a la modificación que esa forma viva en su proceso autopoietico de hacerse a sí misma realiza a la vez una modificación o transformación también en el medio o ambiente en el cual ella se despliega. En el prisma provisto por la idea de desarrollo miramos preferentemente hacia el meollo o el centro, hacia el potencial propio y específico de cada ser potencialmente capaz de desarrollarse. Con la noción de sustentabilidad nos proveemos de un lente o prisma que nos lleva a poner la mirada en la frontera, en los márgenes, en los perfiles o límites que nos pone el ambiente en la interacción que lleva a cabo todo ente vivo con el medio en el cual despliega su existencia.

Tengo la convicción de que deberemos inevitablemente cambiar el episteme básico con el cual hemos hasta ahora interpretado el universo o la realidad de la cual formamos parte. Deberemos recuperar la noción de ser parte de un universo que nos pone límites a nuestra vocación transformadora del mundo externo. Posiblemente deberemos aprender a dedicar esa energía transformadora hacia nuestro mundo interno. Transitar desde nuestra actual civilización exosomática a una nueva civilización endosomática. El mundo externo nos está dando señales de que no podemos seguir transformándolo impunemente. Quizás ello nos abre una posibilidad como nunca antes en la historia humana para transformarnos a nosotros mismos en seres mejores, más compasivos, más sensibles, más tiernos, más tolerantes y acogedores, más humildes y simples, más amorosos y amables. La utopía cristiana y de todas las grandes tradiciones espirituales de la humanidad estaría así mucho más cercana a nosotros de lo que pensamos.